

DIEZ CÉSARES

BARRY STRAUSS

DIEZ CÉSARES

Los emperadores romanos
de Augusto a Constantino

Traducción de Tomás Fernández Aúz

Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Ten Caesars*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Ilustración de la cubierta: Estatua sin cabeza de un emperador romano,
Museo Nacional de Roma,
Palazzo Massimo Alle Terme, Roma, Italia.
© B.O'Kane / Alamy Foto de stock

Primera edición: septiembre de 2020

© 2019 by Barry Strauss
All rights reserved. Published by arrangements with the original publisher,
Simon & Schuster, Inc.

© de la traducción: Tomás Fernández Aúz, 2020

© de la presente edición: Edhasa, 2020

Diputación, 262, 2^o 1^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright,
bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra
por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-2747-2

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 8469-2020

Impreso en España

A mis alumnos

Sumario

<i>Nota del autor</i>	11
<i>Cronología de los emperadores</i>	13
<i>Mapas</i>	15
<i>Árboles genealógicos de las familias imperiales</i>	19
Prólogo: Una noche en el Palatino	27
1. Augusto, el fundador	37
2. Tiberio, el tirano	107
3. Nerón, el artista	163
4. Vespasiano, el plebeyo.	215
5. Trajano, el mejor príncipe.	271
6. Adriano, el griego	325
7. Marco Aurelio, el filósofo.	381
8. Septimio Severo, el africano	427
9. Diocleciano, el gran disgregador	467
10. Constantino, el cristiano	507
Epílogo: Los espectros de Rávena	553
Notas	565
<i>Agradecimientos</i>	611

<i>Dramatis personae</i>	615
<i>Bibliografía</i>	621
<i>Índice analítico</i>	641

Nota del autor

Por regla general, la ortografía de los nombres antiguos se ajusta a los cánones estilísticos de la obra de referencia estándar en este terreno: *The Oxford Classical Dictionary*, cuarta edición, Oxford, Oxford University Press, 2012.*

Las traducciones del griego o del latín son mías, a menos que se indique lo contrario.

Salvo que se señale otra cosa, todas las fechas son posteriores al nacimiento de Cristo.

* Hemos ajustado dicha normativa al español estándar. (*N. del E.*)

Cronología de los emperadores

PERÍODOS DE REINADO

Todas las fechas son posteriores al nacimiento de Cristo, excepto en los casos en que se especifique otra cosa.

Augusto	27 a. C. - 14 d. C.
Tiberio	14 - 37
Nerón	54 - 68
Vespasiano	69 - 79
Trajano	98 - 117
Adriano	117 - 138
Marco Aurelio	161 - 180
Septimio Severo	193 - 211
Diocleciano	284 - 305
Constantino	306 - 337

Prólogo

Una noche en el palatino

La oscuridad nocturna envuelve el monte Palatino, una de las siete colinas históricas que se elevan en el corazón de Roma. Imagínese en esa elevación, solo, después de que los turistas se hayan marchado y los guardas procedido a cerrar las verjas. El Palatino es un lugar sumamente tranquilo, aun durante el día, sobre todo en comparación con los abarrotados monumentos y enclaves de obligada visita de los valles que se extienden a sus pies. ¿No le parece por tanto que, a la luz de la luna, y durante un solitario paseo por esos espacios desiertos, podrían despertarse los espectros del Imperio?

A primera vista, podría tenerse la impresión de que lo más acertado sería responder con una negativa. La frondosa cima de la colina, abierta a los cuatro vientos, carece de la majestuosidad de las columnas y arcos del contiguo Foro romano, y tampoco puede competir con la espectacularidad del Coliseo y sus galerías manchadas de sangre. Las ruinas del Palatino parecen una confusa y desordenada masa de ladrillo, cemento y otras materias poco apropiadas a la idea del Imperio. Lo que se ha dado en llamar el Hipódromo —en realidad un estadio de forma ovalada—, por ejemplo, es *de facto* un jardín hundido, y la «casa de Livia» no perteneció jamás a esa gran dama.

Pero fijémonos con mayor atención, optemos por dar vuelo a la imaginación, y comprenderemos por qué el monte Palatino nos

ha legado la palabra *palacio*. Fue justamente aquí, en el Palatino, donde el primer emperador de Roma dio en plantar el estandarte del poder, y desde aquí vinieron a regir también la mayor parte de sus sucesores, con mano firme y durante siglos, los destinos de cincuenta o sesenta millones de personas. En sus inicios apenas era otra cosa que un modesto complejo para el gobernante y su familia, con un templo anejo para los dioses lares de la cabeza visible del Imperio. Con el tiempo iría convirtiéndose en una serie de *domus*, o «casas», de dimensiones cada vez mayores. Se trataba en realidad de un conjunto de estancias palaciegas que no solo se utilizaban como domicilios, sino también a modo de salas de audiencia en las que dar curso a los asuntos imperiales, celebrar consejos, reunir embajadas, proceder a los actos de salutación matutina, dedicar veladas al arte del banquete, orear pasiones amorosas, entregarse a los ritos religiosos –viejos o nuevos– y cultivar las tradiciones conspiratorias o la trama de asesinatos.

En sus días de esplendor, todo el lugar traslucía magnificencia. Los muros de sus edificios aparecían recubiertos de mármoles de vivos colores traídos de los cuatro ángulos del Imperio. En sus columnas relucía el amarillo de Numidia, el púrpura de Frigia, el granito de Egipto, el gris de Grecia y el blanco de Italia. Techos dorados cubrían sus altos ventanales y sus suelos provistos de calefacción radiante. Mientras en una de sus salas de banquetes se limpiaba y disponía todo para el próximo festejo, en otra mil comensales se sentaban a la mesa. El agua manaba, reluciente, en fuentes y albercas alimentadas por un acueducto específicamente diseñado para abastecer las necesidades del Palatino. Y algunas de sus estancias dominaban el valle y se asomaban al Circo Máximo,* permitiendo a sus

* Los circos romanos eran estadios de forma prácticamente rectangular (aunque con un extremo redondeado). Se utilizaban para acoger las carreras de caballos y de carros, además de otros acontecimientos. La denominación de «Máximo» indica en este caso que se trata del mayor de los que existían en la ciudad.

moradores contemplar el espectáculo de las carreras de carros y actuando así a modo de lujoso y privilegiado palco de altura.

La persona que visite actualmente el Palatino tal vez alcance a imaginar sin excesivo esfuerzo los acontecimientos de una célebre cena en la que el emperador agasajó a sus invitados y en cuyo transcurso uno de ellos afirmó tener la impresión de hallarse en el cielo, en compañía del mismísimo Júpiter.¹ O tal vez prefiera rememorar otro banquete, bastante menos grato, en el que el emperador ordenó pintar de negro las paredes del recinto² y disponer los triclinios a la manera de otras tantas tumbas, lo que paralizó de terror a los convidados, que tenían haber llegado al fin de sus días, aunque en último término lograran conservar la vida. También puede acudir a la mente del viajero el rumor de que otro emperador decidió convertir el palacio en un burdel,³ relato salaz al que sin embargo no ha de concederse demasiado crédito. Podemos representarnos asimismo las escalinatas del palacio,⁴ en cuyas gradas se vitoreó por primera vez a un emperador y a las que otro se encaramó como a un podio desde el que anunciar su abdicación. Habrá quien prefiera evocar la entrada principal de la mansión,⁵ en cuyos umbrales se proclamó, resuelta a no ceder al señuelo de la corrupción, la nueva esposa de uno de los emperadores que la habitaron, y habrá quien opte en cambio por figurarse su acceso posterior,⁶ por el que otro máximo mandatario hubo de colarse apresuradamente en su propia casa para salvar de ese modo la vida *in extremis*, tras estallar una revuelta en el Foro como consecuencia de la falta de alimentos. O tal vez nos agrade más escrutar entre las sombras de la memoria los contornos de una sesión del Senado, celebrada en uno de los vastos salones de palacio, mientras la madre del emperador en el poder contemplaba las maniobras políticas, oculta tras unos cortinajes. Y aun habrá quien vibre con la visión del recóndito pasadizo en el que un enjambre de conspiradores dio muerte a un joven tirano. Y es que el Palatino fue escenario de todos esos hechos.

Desde esta altura, los emperadores regían lo que ellos mismos daban en denominar «el mundo»; es decir, un vastísimo reino que, en su período de máximo esplendor, se extendía desde lo que hoy es Gran Bretaña hasta el actual Irak. O sería mejor decir que intentaban gobernarlo, ya que fueron muy pocos los que destacaron positivamente en el ejercicio de tan extenuante labor. La administración imperial lograba gestionar adecuadamente los asuntos cotidianos, pero las crisis constituían un verdadero reto. Fueron muchos los emperadores que revelaron no estar a la altura de las circunstancias. No obstante, unos cuantos se desarrollaron extremadamente bien, ya que acertaron a dosificar, en igual medida, la ambición, la astucia y la crueldad.

Los emperadores romanos también dedicaban sus desvelos a la familia, pues no en vano dirigieron uno de los negocios familiares de mayor éxito de cuantos haya conocido la historia, y uno de los más paradójicos. Para concentrar el poder en manos dignas de confianza, el linaje imperial echaba mano de todos sus miembros, incluidas las mujeres. Estas, en consecuencia —fueran madres, esposas, hijas, hermanas o amantes—, disfrutaban de un grado de control e intervención en los asuntos políticos que podría sorprender a más de uno. No obstante, se trataba a veces de familias muy mal avenidas, en las que abundaban los matrimonios forzosos y en las que difícilmente cabría juzgar de excepcionales las luchas intestinas o los asesinatos. En este caso, además, la definición de «familia» era por regla general tan vaga como flexible. Fueron más los emperadores que accedieron al trono como resultado de una adopción que los que lo ocuparon por haberlo heredado de sus padres, y en más de un caso arrebataron su posición a otro, tras vencerlo en una guerra civil. Tanto la gloria como la maldición del Imperio se debieron justamente al hecho de que la sucesión fuese muy a menudo una circunstancia puesta en tela de juicio, dado que ese impulso de impugnación fue un vector abierto al talento y a la violencia.

El primer emperador, Augusto, fue quien sentó las bases de cuanto habría de suceder después. Había sido adoptado por Julio César, el fundador de la fortuna familiar, que además de ser el último dictador de Roma era también su tío abuelo. Sin embargo, para prevalecer y alzarse a una posición de dominio, Augusto tuvo que librar una guerra civil. De hecho, su esposa, Livia, a la que en último término cabría considerar quizá la mujer más poderosa de toda la historia de Roma, fue en su momento una de las muchas refugiadas afectadas por los choques armados, hasta el punto de tener que huir del hombre con el que acabaría casándose.

Las páginas que siguen narran las peripecias de diez emperadores que acertaron a ejercer el mando con firmeza. Fueron los líderes de mayor capacidad y éxito que jamás haya conocido Roma (o bien se cuentan, como ocurre en el caso de Nerón, entre los que más fascinación han suscitado nunca; y, de hecho, hasta ese denostado emperador pirómano exhibió las virtudes propias de los grandes promotores de las obras públicas). En la Roma antigua, la definición del éxito variaba en función de las circunstancias y el talento, pero el denominador común que reagrupa a todos los emperadores incluye algunos elementos invariables, ya que todos deseaban controlar la política interior, proyectar al exterior su poderío militar, capitanear la prosperidad de la nación, levantar la imponente arquitectura de Roma y mantener buenas relaciones con los dioses. Además, todos cuantos ocuparon el trono anhelaron también morir sin violencia en su propia cama y ceder los trastos del poder a un heredero de su elección.

Comenzaremos nuestro relato con Augusto, el fundador de la dinastía imperial, y la concluiremos, cerca de trescientos cincuenta años más tarde, con el autor de su segunda instauración, Constantino, que se convirtió al cristianismo y estableció una nueva capital en Oriente, llamada en su día Constantinopla, y a la que hoy denominamos Estambul, en Turquía. Entre ambos emperadores, en un

punto cronológico aproximadamente equidistante de uno y otro, se sitúa Adriano, que no solo se consideraba a sí mismo un segundo Augusto, sino que fue uno de los gobernantes romanos que más contribuyó a apaciguar el Imperio y a permitir que los individuos de trayectoria independiente y linaje no específicamente ligado al círculo imperial accedieran a posiciones de élite. Por desgracia, Adriano fue también un tirano y un asesino, características que desde luego no lo convirtieron en un gobernante insólito.

Desde el arranque del Imperio hasta su desplome final, todos cuantos rigieron sus destinos recurrieron a la fuerza. Rara vez los veremos titubear cuando les convenga ordenar la muerte de rivales o disidentes. Dependieron siempre del ejército, pues no en vano era este el encargado de materializar las conquistas del Imperio, asegurar su defensa y sofocar implacablemente las revueltas. Hasta el mismo Marco Aurelio, un emperador-filósofo que no solo prefería volcarse en el arte de la paz, sino que en el momento de acceder al poder carecía de experiencia militar, acabaría dedicando la mayor parte de su reinado a combatir en los confines de sus dominios.

No menos importante es el hecho de que el ejército fuera también la institución capaz de elevar y destituir a los emperadores. No había emperador que pudiera gobernar sin la aquiescencia de la soldadesca. La relevancia de las tropas superaba incluso a la del mismísimo Senado romano, cuyos miembros, escogidos entre la élite, asumían como clase el rol de líderes, al menos en los primeros tiempos del Imperio, dado que, andando el tiempo, los emperadores empezaban a confiar cada vez más las cuestiones administrativas a figuras ajenas a la casta senatorial, llegando en ocasiones al extremo de apoyarse en antiguos esclavos. Los emperadores también tenían en cuenta al pueblo romano, pero conseguían comprar su docilidad proporcionándole subsidios alimentarios y diversiones (aunque esto no debe inducirnos a pensar que los pobres, que constituían la inmensa mayoría de la población imperial, llevaran una vida holgada, ya

que nunca fue así). Y no olvidemos, por último, que también los dioses desempeñaban un papel en el orden de las cosas. Todos los emperadores establecieron pactos de no agresión con los dioses, y más de uno y de dos entronizó a nuevas deidades en el panteón sin necesidad de rechazar a las antiguas. Lo que hizo de Constantino un emperador distinto a los demás no fue el hecho de que adorara a un dios inédito, sino la circunstancia de que diera la espalda a las divinidades ancestrales de Roma.

Ahora bien, la religión hundió profundamente sus raíces en el sustrato cultural de una sociedad, y desde luego el carácter de la cultura romana experimentó un cambio inmenso con la llegada de la monarquía. Con su esfuerzo combinado, Augusto y su sucesor, Tiberio, lograron una hazaña verdaderamente digna de los trabajos de Hércules. Reorientaron el rumbo del Imperio y consiguieron que este dejara de centrarse en las conquistas para volcarse en la administración. Despojaron de buena parte de su poder a la aristocracia, henchida de soberbia y marcada por sus tendencias militaristas y su propensión a las disputas banderizas, y comenzaron a ponerlo en manos de los burócratas, cuyos integrantes procedían de un conjunto de clases sociales menos prestigiado que el de la nobleza. Y también procedieron a desplazar de su posición central a la ciudad de Roma a fin de favorecer primero a Italia, y más tarde a las provincias.

Los sucesores de Augusto recurrieron a sus fuerzas armadas para anexar dos nuevas regiones al Imperio, pero, aun así, las ganancias territoriales que propiciaron no pasaron de ser simples reajustes de fronteras si comparamos estas conquistas con las efectuadas en los dos siglos anteriores, en los que Roma se adueñó por entero del Mediterráneo y del noroeste de Europa. Las élites conquistadoras tienden invariablemente a caer en la decadencia y terminan interesándose más en el dinero y en el placer que en la expansión. Sin embargo, en el plano de la conservación de los territorios invadidos,

hay que reconocer que los romanos sobresalieron de la forma más notable.

Tras una fachada retórica de suntuosa extravagancia latía un corazón pragmático: tal era la auténtica médula de Roma. Ahora bien, quien se lance a la búsqueda de esa Roma real deberá apartarse de las recurrentes máximas de Cicerón o de la pulida prosa de Publio Cornelio Tácito para centrarse en cambio en el hecho de que Tiberio abandonase Germania sin dignarse siquiera a volver la vista atrás para contemplarla por última vez, o en la circunstancia de que el emperador Vespasiano justificara la imposición de un gravamen a los urinarios públicos con la chusca salida de que «el dinero carece de olor».⁷ Para lograr la supervivencia del Imperio los romanos estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario, ya se tratara de introducir savia nueva en la administración, de tomar arduas decisiones o de emprender retiradas estratégicas.

Al final, Roma acabaría perdiendo su papel capitalino. El emperador de Occidente aseguraba la gobernación instalado en el norte de Italia o en Germania, y con el tiempo terminaría desdoblándose el ejercicio del poder, al instaurarse un emperador de Occidente y otro de Oriente. El predecesor de Constantino, Diocleciano, comprendió que el Imperio era excesivamente vasto y que, por consiguiente, resultaba imposible que un solo hombre alcanzara a embridar los problemas que planteaba. Constantino, que consiguió echarse sobre los hombros tan ciclópea carga, fue en realidad una excepción.

A Roma todo se le quedaba rápidamente pequeño, pero esa fue justamente una de las razones de su éxito. La mutación era un elemento inherentemente asociado a los mimbres del sistema mismo, aunque eso no significa que se alumbrara con facilidad o sin derramamiento de sangre. Siempre había hombres de nuevo cuño que lograban auparse a la cúspide. Los dos emperadores que ocupan la zona media del libro, cronológicamente hablando —Trajano y Adriano—, nacieron en Hispania, la actual España. Dos generaciones más

tarde, vemos acceder al trono a Lucio Septimio Severo, de origen norteafricano. Severo descendía de inmigrantes italianos, y es posible que también tuviera una ascendencia mixta, con antepasados procedentes tanto de África como del Oriente Próximo (a diferencia de lo que sucede por ejemplo con Diocleciano y Constantino, que provenían ambos de los Balcanes y carecían de sangre italiana). Pero en la cima política también se renovaba el perfil de las mujeres: la esposa de Severo era originaria de Siria, y la madre de Constantino había venido al mundo en el Asia Menor, es decir, en lo que hoy es Turquía.

Con el paso del tiempo, la diversidad de procedencia y carácter de los grandes señores y las damas ilustres que animaron las dependencias del Palatino conseguiría superar las expectativas del fundador del Imperio, por muy desmesurada que hubiera sido su imaginación. Su voz se apagó hace mucho tiempo y buena parte de sus nombres han caído en el olvido. Y, si en unos casos las estatuas que se les erigieron se han perdido, en otros los habitantes del mundo antiguo decidieron o bien derribarlas tras una revolución u optaron por borrar su imagen de las representaciones pictóricas en que aparecían o por raspar los bajorrelieves en piedra con los que se pretendió inmortalizarlos. Pese a todo, todavía podemos convocar su espectro, basándonos en los textos literarios, en las inscripciones epigráficas, en las obras de arte, en los restos arqueológicos y en el estudio científico de toda clase de materiales, desde naves naufragadas a sistemas de alcantarillado.

Los romanos siguen vivos. Y no solo en la imaginación de un viajero que se aventure a pasar la noche en el Palatino.



Augusto, detalle de la estatua de la Prima Porta. © Alinari/Art Resource, Nueva York.

Capítulo 1

Augusto EL FUNDADOR

Augusto es un icono por derecho propio. Pocas biografías históricas ilustran mejor que la figura de este emperador lo que es salir vencedor de todos los lances y avatares de la vida. No solo puso fin a un siglo de revoluciones, sino que acabó también con el período republicano de la Roma antigua, erigiendo en su lugar los cimientos del Imperio que él mismo sería el primero en dirigir. Sin embargo, el personaje de Augusto se halla asimismo envuelto en el misterio. Tras perder a su padre a la edad de cuatro años, logró convertirse con tan solo diecinueve en uno de los actores políticos más destacados de Roma. ¿Cómo pudo materializar semejante hazaña? ¿Y qué fue lo que le permitió alcanzar otras muchas metas, igualmente elevadas?

Así, ¿cuál fue la clave que lo llevó a superar la oposición de la más deslumbrante y renombrada pareja de la historia, la formada por Cleopatra y Marco Antonio? ¿Qué elementos hicieron posible que un muchacho tan frágil como él terminara transformándose en un jefe militar de enorme éxito? ¿Y qué determinó que, andando el tiempo, se le reconociera como a uno de los más célebres promotores de la paz que jamás haya llegado a conocer la historia? ¿Cómo se las ingenió para encontrar a su perfecta mano derecha, es

decir, a un compañero leal, dispuesto a servirlo como general y administrador sin metamorfosearse en una potencial amenaza de usurpación del poder? ¿Cómo acertó a concertar con una mujer de tan brillante talento y astucia como Livia uno de los matrimonios más fructíferos y arduos de la historia? ¿Y qué factores le dieron ocasión de fundar una dinastía llamada a perdurar cien años y un imperio imbuido de una longevidad de siglos?

El propio Augusto respondería a varios de estos interrogantes al final de su larga vida, ya que mandó inscribir en las columnas de bronce que flanquean la entrada de su mausoleo de Roma una descripción detallada de su peripecia vital en la que puede leerse la siguiente afirmación: «Una vez que hube extinguido las llamas de la guerra civil, y tras recibir, por universal consenso, el control absoluto de los asuntos políticos, transferí el control de la República al Senado y al pueblo romano, a cuya voluntad quedó sujeta. Y, en reconocimiento de este servicio mío, el Senado me otorgó, por medio de un decreto, el título de Augusto».¹

Esa era desde luego la versión oficial, pero ¿responde a la verdad? Para saberlo, sigamos los pasos del muchachito que acabaría confiando este mensaje a la posteridad y examinemos su andadura personal.

EL HIJO DE ACIA

Nuestro protagonista vino al mundo el 23 de septiembre del año 63 a. C. La historia lo conoce como Augusto, pero es habitual llamarlo Octaviano cuando se alude a los treinta y cinco primeros años de su vida, dado que solo a partir de entonces adoptó el nombre de «Augusto».

Su padre, Cayo Octavio, pertenecía a una familia de carácter esforzado y luchador oriunda de una pequeña población al sur de Roma. Octavio, que poseía una importante fortuna, tenía asimismo

grandes aspiraciones políticas, pero carecía del noble linaje que la mayoría de los romanos, pobres o ricos, esperaban hallar en sus dirigentes. Entre los romanos, la «nobleza» constituía un grupo verdaderamente reducido,² ya que se circunscribía a los hijos y descendientes de los cónsules, es decir, de los dos máximos magistrados que se elegían anualmente para la gobernación de Roma. Octavio logró formar parte de ese restringido círculo aristocrático al contraer matrimonio con una sobrina de Julio César, hija de Julia la Menor, hermana del futuro dictador. Este casamiento abrió a Octavio y a su hijo pequeño las puertas del poder. El nombre de la autora del prodigio era Acia.³

Los recién casados iniciaron el camino con buen pie, ya que se trasladaron a Roma y al poco Octavio consiguió auparse a las primeras filas de la política. Cayo Octavio parecía llamado a desempeñar la alta responsabilidad del consulado, pero la muerte le sorprendió repentinamente en el 58 a. C., en el camino de regreso a casa, tras un viaje que le había llevado al extranjero para ejercer tan breve como exitosamente la gobernación provincial. Acia quedó por tanto viuda y con dos criaturas a su cargo: Octaviano y su hermana mayor, Octavia.

Como si el destino quisiera colmar de desdichas al chiquillo huérfano, su herencia quedó desbaratada como consecuencia de la mala gestión de al menos uno de sus tutores (y hasta es posible que en realidad se apropiara de ella). Pese a todo, el muchacho no solo consiguió sobrevivir, sino prosperar de forma sorprendente. Tres cosas constituían su mejor activo: su madre, su familia y su propia resiliencia.

Acia es una de esas heroínas cuya biografía olvida referir la historia. Y es que, en efecto, no la vemos intervenir en la partida. No sabemos qué aspecto tenía, ya que, al parecer, no ha llegado hasta nosotros una sola moneda con su imagen ni conocemos ninguna escultura suya. Es probable que, en las *Memorias* de Augusto, hoy perdidas, se trazaran precisamente los rasgos del retrato que habría

de sobrevivir en la literatura tardorromana, cuyas páginas pintan a una mujer casta y chapada a la antigua que, además de mantener a sus hijos bajo una estricta disciplina, dio en vigilar muy de cerca la educación de Octaviano.⁴ Las fuentes nos hablan por tanto de una mujer sagaz, pragmática y diplomática, centrada por añadidura en impulsar sin descanso el ascenso social de su hijo.

A las madres romanas no les quedaba más remedio que dedicar sus energías a esa promoción filial. Era bastante frecuente que la muerte se llevara tempranamente a sus maridos, de modo que el deber de luchar por los hijos recaía sobre ellas. La historia de la antigua Roma está repleta de madres-coraje consagradas a la tarea de sacar adelante a su descendencia. La literatura latina ofrece el ejemplo de la diosa Venus, cuya decidida intervención espolea a su hijo, Eneas, y lo anima a cumplir el destino al que está llamado por los dioses, consistente nada menos que en fundar Roma.⁵ Teniendo esto en cuenta, no es de extrañar que los varones romanos reverenciaran por regla general a sus madres.

Poco después de enviudar, Acia volvía a casarse. En esta ocasión, el marido, que era otro destacado personaje público,* revelaría ser también un individuo escurridizo, ya que se las ingenió para auparse a la cúspide política pese a no adherirse a ninguno de los bandos que entraron en liza durante la segunda guerra civil de la República romana (años 49 a 45 a. C.). El joven Octaviano debió de aprender sin duda de su padrastro más de un buen truco del arte de la simulación. No obstante, Acia confió el cuidado del muchacho a su abuela Julia —madre de la propia Acia—, así que fue esta quien se encargó de criar al chico bajo su techo y de orientarlo en sus años de formación. Julio César, hermano de Julia, se encontraba por entonces en la Galia, enfrascado en la conquista de este antiguo territorio,

* Se trataba de Lucio Marcio Filippo, que había sido cónsul en el año 56 a. C.

cuya superficie se extendía por la región que actualmente ocupan Francia y Bélgica, proceso que lo llevaría a convertirse finalmente en el hombre más importante de Roma. No hay duda de que Julia debió de escribir a su poderoso hermano para referirle las cualidades del brillante y ambicioso jovencito que cobijaba bajo sus alas y que era el orgullo de la familia.

Al fallecer Julia, en torno al año 51 a. C., Octaviano se trasladó al domicilio de su madre y su padrastro, pero su mente continuó centrada en las hazañas de su célebre tío abuelo. Se dice que en el 46 a. C., Octaviano anhelaba con todas sus fuerzas unirse a César en el frente de combate,⁶ pero que Acia se negó a dejarlo partir, preocupada por la salud del joven.

En la época en que Octaviano crecía y completaba su educación, César se dedicaba por su parte a revolucionar Roma, transformada ahora en una república ufana de sí misma y de su autogobierno. El pueblo y las élites compartían el poder por medio de un elaborado conjunto de instituciones formado por asambleas, tribunales, magistrados electos y senadores. Esa era al menos la teoría. En la práctica, la República se veía impotente, incapaz de resistir el empuje de un general tan laureado como César, que contaba con el respaldo de varias decenas de miles de soldados, todos ellos ferozmente leales a su persona.

En el año 49 a. C., al regresar César de la Galia y cruzar el río Rubicón para penetrar en Italia, su transgresión* desató una terrible guerra civil. Esta resultó particularmente demoledora, ya que se abatía sobre un país que ya llevaba sufriendo, si bien de forma intermitente, nada menos que cinco décadas de un conflicto civil cuyas raíces nacían a su vez de una crisis surgida dos generaciones antes. Todo parecía indicar que Roma se encontraba atrapada en una tupida

* Los generales romanos tenían prohibido rebasar ese límite si iban acompañados de un ejército en armas. (*N. del t.*)

mallas de atolladeros políticos, militares, sociales, económicos, culturales y administrativos.

Solo un individuo capaz de dominar simultáneamente la ciudad de Roma y su Imperio se hallaría en condiciones de propiciar la paz, el orden y la estabilidad de la nación. Sin embargo, César no era la persona indicada. Sus cualidades se ceñían a la conquista y no eran aptas para la lenta construcción de lo que ha de persistir. Ahora bien, si César no poseía las dotes que exigía la situación, ¿a quién podía recurrirse?

Julio César no tenía hijos legítimos, aunque es probable que concibiera extramaritalmente a Cesarión, un príncipe extranjero cuya madre era Cleopatra. Por consiguiente, César tenía que elegir como heredero a alguno de sus parientes. Entre sus sobrinos y sobrinos nietos romanos había varios con aspiraciones legítimas, pero fue Octaviano el que acabó encabezando la lista de candidatos.

Poseído por una ardiente ambición, Octaviano había empezado a revelarse dotado de todas las cualidades innatas que requiere la política,⁷ ya que, además de inteligente, seductor y extrovertido, era un joven muy atractivo. A pesar de que entre sus virtudes naturales no figurara el genio militar, sabía apoyarse en la tenacidad, la astucia y la valentía. Tenía una voluntad de hierro. Y tenía también a Acia, que sin duda lo ensalzaba constantemente y a la menor oportunidad ante César. Hasta es posible que hiciera circular la fábula de que el padre de tan excelente hijo no era realmente Cayo Octavio, sino el mismísimo dios Apolo, quien, adoptando la forma de una serpiente, la había visitado en un templo e impreso en su cuerpo una marca indeleble tras dejarla embarazada.⁸ Desde luego, solo los más simples podían dar crédito a semejante historia, pero César conocía perfectamente el carácter crédulo de las masas, así que es posible que prestara oídos al rumor.

César siguió por tanto ascendiendo a su sobrino nieto. En torno al 51 a. C., cuando Octaviano contaba apenas once años de edad,

se le confió la misión de pronunciar, encaramado al estrado que el Foro romano reservaba a los oradores, la oración fúnebre de las exequias de su abuela Julia. Poco después de cumplir los catorce años, y a petición de César, Octaviano obtuvo un importante cargo de carácter religioso. A los diecisiete, el joven marchaba ya por las calles de Roma acompañando a César en la celebración de sus triunfos; es decir, en los desfiles de la victoria que organizó tras haber conquistado la Galia y vencido en la guerra civil. Corría el año 46 a. C., y el honor que César acordaba a Octaviano con ese gesto solo era equiparable al que concedería normalmente a su propio hijo un general de éxito.

Un muchacho tan descollante como Octaviano se hallaba lógicamente rodeado de un gran número de amigos y seguidores, y, de hecho, uno de ellos terminaría apoyándolo durante toda su vida y convirtiéndose en su mano derecha. Este hombre de confianza respondía al nombre de Marco Vipsanio Agripa. Al igual que Octaviano, también Agripa procedía de una acaudalada familia italiana, aunque carente de vínculos de sangre con la nobleza romana. Sin embargo, lo que Agripa poseía era un enorme sentido práctico.

Resaltaba asimismo por su coraje, por su temple enérgico y, sobre todo, por su lealtad. Desde luego, está claro que Octaviano tenía el don de lograr que los hombres lo siguieran. En el caso de Agripa, el futuro Augusto decidió acudir a su tío abuelo para conseguir que liberara al hermano de Agripa, pese a que este hubiera combatido contra César en la guerra civil. Evidentemente, Agripa le quedó eternamente agradecido.

En el año 45 a. C., Octaviano cayó enfermo y, según se dice, César tuvo incluso la deferencia de visitarlo, en su lecho de convalecencia antes de partir a Hispania para sofocar una rebelión surgida en esa provincia.⁹ Octaviano padeció una larga serie de dolencias crónicas y hubo de superar varios brotes patológicos graves a lo largo de su existencia, pero lo cierto es que, hasta el último momento,

se las arregló siempre para salir airoso de todos esos envites. En el caso que nos ocupa, el joven se restableció rápidamente y partió al frente sin demora. En el reducido séquito que lo acompañó es muy probable que se encontrara Agripa, pero no Acia. Pese a que su madre deseaba unirse a ellos, Octaviano rechazó la idea.

Cuando el sobrino nieto de Julio César llegó a Hispania ya era demasiado tarde para intervenir en combate, pero no hay que olvidar que, para alcanzar al ilustre general, había tenido que realizar un peligroso viaje a través de territorio hostil. Esto suscitó la admiración de su tío, un sentimiento que estaba llamado a crecer paulatinamente en el transcurso de los largos meses que César pasó en compañía del ambicioso y joven talento. Octaviano sabía que las circunstancias le ofrecían la ocasión de brillar con luz propia, y las aprovechó a conciencia. Poco después, al regresar a Italia, César hizo de Octaviano su primer y más importante heredero, y se comprometió además a convertirlo en hijo adoptivo tras su fallecimiento.

Si César eligió como sucesor a Octaviano fue sin duda por haber visto en él signos de grandeza. Sin embargo, al difundirse la noticia de la decisión de César hubo quien juzgó difícil de creer que el hecho de que un muchachito de diecisiete años se las hubiera ingeniado para convencer al hombre más poderoso del mundo de que se le designara para tan encumbrado futuro pudiera haberse producido sin que mediara la turbia estratagema de los favores sexuales. Andando el tiempo, el rival de Octaviano, Marco Antonio, lanzaría sobre el adolescente la acusación de haber tenido una aventura amorosa con César durante su estancia en Hispania.¹⁰ Por un lado, ese tipo de calumnias pertenecían exactamente al grupo de las que causaban fruición entre los políticos romanos, pero, por otro, lo único que igualaba la significada belleza de Octaviano era su inmensa ambición, y corría el rumor de que, en su adolescencia, el propio César se había acostado con un poderoso hombre maduro.¹¹ No obstante, tanto César como Augusto eran donjuanes que solo

tenían ojos para las mujeres, así que es posible que se tratara simplemente de una hablilla falsa.

Al volver a pisar las calles de Roma, Octaviano decidió instalarse al fin por su cuenta, aunque optó por residir cerca de su madre y su padrastro, así que se tiende a suponer que pasaba la mayor parte del tiempo en su compañía. También continuó perfeccionando su educación, ya que se entregó al estudio de la oratoria, la filosofía y la literatura, tanto en latín como en griego, saberes que constituían el currículo académico predilecto de las élites romanas. Pese a que una sucesión de guerras y revoluciones vendría a interrumpir la formación de Octaviano, él seguiría leyendo y adquiriendo práctica política, consagrándose, entre otras cosas, a pronunciar discursos a diario. Se asegura que, al cumplir los dieciocho años, Octaviano renunció al sexo durante todo un año, ya que había llegado a la convicción de que esa medida le permitiría conservar un timbre de voz firme y sólido.¹² Y es posible que así fuera, puesto que, en sus años de madurez, habría en su voz un acento suave y característico, muy distinto a los agudos y penetrantes tonos del habla de César.

Este último planeaba dedicar ahora los tres años siguientes a una guerra de conquista en Oriente. Concedió a Octaviano un papel extremadamente destacado en la materialización de ese proyecto, dado que lo nombró, con tan solo dieciocho años, jefe de caballería, lo que lo convertía en su segundo al mando. Pese a que se tratara en cierto modo de un cargo de índole ceremonial, lo cierto es que la asunción de esa responsabilidad no solo determinó que todo el mundo percibiera el ascendiente de Octaviano, sino que brindó al joven la ocasión de crear una amplia red de contactos. De acuerdo con lo programado, la expedición debía iniciarse en marzo del 44 a. C. En diciembre del 45, aproximadamente, César ordenó a Octaviano partir de Roma, de modo que este cruzó el Adriático, acompañado por Agripa, a fin de instalarse en el cuartel general de

César, situado en la actual Albania. Una vez llegado a su destino, Octaviano trabó relación con los comandantes de la legión, cosa que no tardaría en revelarse de un valor inestimable.

Sin embargo, los idus de marzo* trastocaron todas las previsiones, ya que el 15 de ese mes del 44 a. C., un grupo de conjurados, integrado por más de sesenta romanos de elevada posición y encabezados por Marco Junio Bruto, Cayo Casio Longino y Décimo Junio Bruto, asesinó a César durante una sesión plenaria del Senado.

De la noche a la mañana, los estrechos vínculos que Octaviano mantenía con César lo convirtieron en un objetivo que perseguir. Acia se encontraba en Roma, y se encargó de organizar el funeral del magnate, ya que así había quedado establecido en su testamento, pero su prioridad absoluta se centró en salvar a Octaviano. Envío inmediatamente a un mensajero al otro lado del Adriático a fin de contactar con él. Octaviano estaba sopesando la posibilidad de liderar una sublevación armada desde el cuartel general en el que se encontraba. Sin embargo, Acia se mostró rotundamente contraria a tal proyecto, ya que era consciente de que la llave que permitiría controlar la situación estaba en Roma, así que instó a su hijo a regresar a la mayor brevedad a la capital. En una carta resalta con urgencia: «Debes comportarte ahora como un hombre, ponderar prudentemente los pasos que has de dar y darlos ateniéndote a los giros de la fortuna y a las oportunidades que se presenten».¹³ Tras consultar con sus amigos y consejeros, Octaviano acabó por compartir el parecer de Acia y largó velas para regresar a Italia.

La muerte de César fue una pérdida terrible para el joven Octaviano. Habían asesinado al hombre que se había ofrecido a adoptarlo como hijo y que se había desvivido para hacerle cobrar con-

* Es decir, a mediados de ese mes, en lo que se consideraban jornadas de buen augurio. (*N. del t.*)

ciencia de su potencial grandeza. Octaviano se dejó crecer la barba, un gesto de duelo tradicional entre los romanos. Pero el dolor no era la única emoción que lo embargaba. También le atenazaban el miedo, la ira y el deseo de venganza. Con todo, la desaparición de César no solo suponía un mazazo, también constituía una oportunidad. Octaviano había pasado a ser el cabeza de familia, por no mencionar el hecho de que el magnicidio lo había transformado en heredero del dictador. Ahora bien, si quería tomar las riendas de ese legado, iba a tener que luchar.

CÉSAR ES MI NOMBRE

Noviembre de 44 a. C.

En el Foro de Roma, cuya plaza era el centro cívico de la ciudad.

Octaviano pronunció entonces un discurso que más tarde ordenaría divulgar con gran orgullo.¹⁴ La alocución fue uno de los momentos decisivos de su vida: alargó el brazo, lo dejó reposar en actitud amistosa sobre una estatua de Julio César y juró lealtad a Roma, poniendo como prenda de su buena fe la esperanza que albergaba de alcanzar algún día los altísimos honores que tanto brillo habían otorgado a su padre adoptivo.¹⁵ Acababa de cumplir diecinueve años, pero eso no le impidió reclamar para sí, como derecho vitalicio, todo el poder y la gloria del antiguo dictador. Por menos que eso había terminado recluido más de un hombre en las frías dependencias de un sanatorio mental.

Puede que se tratara de un brote de megalomanía, pero lo cierto es que, tras seis meses de dura brega, Octaviano empezó a progresar en la consecución de sus objetivos. Siguiendo el prudente consejo de Acia, se había apresurado a regresar a Italia. Su carácter era lo suficientemente precavido y obediente como para no azorar-

se ante la idea de consultar las cuestiones difíciles con su madre y su segundo marido, aunque la ambición también lo aguijoneaba demasiado como para aceptar sus recomendaciones, que lo instaban a proceder lentamente y con pasos muy medidos. Y ni que decir tiene que hizo caso omiso de lo que supuestamente le sugirió su padrastro: nada menos que renunciar a la herencia de César para retirarse a continuación de la vida pública, pese a que apenas hubiera empezado a internarse en dicha senda.

Muchos eran los enemigos que acechaban a Octaviano en Roma. El cónsul Marco Antonio se hallaba al frente de la ciudad, y, tras superar unos cuantos reveses pasajeros, los asesinos de César habían comenzado a reagruparse. Octaviano era un estorbo y carecía de utilidad para sus planes. Y lo mismo opinaba Marco Antonio. A sus treinta y nueve años de edad, Marco Antonio se encontraba en la flor de la vida. Hijo de una noble familia romana, este adversario de Octaviano había revelado ser un magnífico general, con actitudes de político furtivo y circunspecto, y había hecho gala de una espléndida oratoria. Fuerte y atractivo, Marco Antonio se adhirió a Hércules y se confió a él como deidad protectora (y no olvidemos que Hércules era un símbolo de responsabilidad, justicia y dotes militares). Marco Antonio despreciaba a Octaviano. Por otra parte, siendo como era un pariente lejano del dictador asesinado, además de un viejo colaborador suyo, Marco Antonio se consideraba el legítimo sucesor del desaparecido César.

No obstante, Octaviano demostró una gran determinación. Anhelaba cubrirse de gloria y honores y estaba dispuesto a conseguirlos a cualquier precio. Estaba perfectamente dispuesto a luchar. No iba a limitarse a llorar por César, sino todo contrario: había resuelto vengar su muerte. O mejor aún: iba a suplantarle, a enfundarse su personalidad y su aureola; iba a ser el mismo César. Inició el proceso necesario para culminar la adopción que su tío abuelo le ofrecía en el testamento. Y, pese a que en este libro sigamos llamándole Oc-

taviano, él empezó a darse a sí mismo el nombre de «César». Hizo suya esa denominación con tanta soltura que parecía que se la hubieran impuesto al nacer. Y no solo eso, ya que Octaviano utilizó ese nombre a la manera de un talismán capaz de asegurarle el poder, como si se tratara de un título refrendado por el peso de los siglos. Su madre fue la primera persona que pronunció la palabra «César» para dirigirse a él, pero no habría de ser la última.¹⁶

Octaviano era audaz, pero no impetuoso, y violento sin llegar a la brutalidad. Tras sus primeros titubeos, dudas e indecisiones, y con la tranquilidad de espíritu que le proporcionaba el hecho de haberse mostrado respetuosa con la postura de su marido, Acia cambió de parecer y decidió apoyar sin ambages las ambiciones de Octaviano. Pese a todo, continuó aconsejándole que se valiera de la astucia y la paciencia, y Octaviano se manifestó claramente inclinado a seguir esa fórmula.¹⁷ Comenzó a actuar en función de una estudiada estrategia y a no mostrar a la gente otro rostro que aquel con el que deseaba ser reconocido en cada momento. Se comportaba de forma misteriosa, así que parece muy apropiado al caso que en este período de su carrera optara por sellar sus documentos con la imagen de una esfinge, aunque con el tiempo acabara sustituyéndola por su propia efigie.¹⁸ (Más tarde, otro emperador calificará a Augusto diciendo que era un «camaleón».)¹⁹ Las fuentes clásicas aseguran que fue Acia la que dio a Octaviano el sello con los rasgos de la esfinge, lo que nos devuelve al relato del dios Apolo, su presunto genitor divino, ya que los romanos asociaban los poderes de la esfinge con los de esa deidad.²⁰

La «esfinge» sabía cómo tentar a la gente, y efectuó su primer experimento de seducción con un hombre que vivía cerca de la villa que su padrastro poseía en la campiña, asomada a la bahía de Nápoles. Se trataba nada menos que de Marco Tulio Cicerón, el estadista vivo más renombrado de Roma. De todos los habitantes del mundo antiguo, Cicerón es el que nos habla con mayor y más

inteligible fuerza. Sus argumentos poseen el vigor persuasivo de una inigualable elocuencia. Sus manos se atareaban sin cesar en la escritura, y su corazón latía con vehemente pasión por la República, en cuyas últimas décadas había desarrollado su andadura pública. Sus discursos todavía resultan chispeantes, sus cartas ponen al descubierto los manejos administrativos de la época, y sus obras filosóficas son prácticamente las que alumbran el pensamiento político latino.

Como político, el éxito de Cicerón fue un tanto matizado. En el período en que ocupó el consulado consiguió aplacar una revuelta, pero al precio de ejecutar a cinco ciudadanos romanos, a los que ni siquiera concedió el beneficio de un juicio justo, una medida que más tarde le obligaría a partir temporalmente al exilio. Al terminar la guerra civil, y a pesar de que en su transcurso Cicerón se había mostrado muy vacilante, César le concedió el perdón, dedicando incluso grandes elogios a su producción literaria. Sin embargo, también le cerró la puerta del poder en las narices. Después de los idus de marzo, el orador abandonó su retiro y apoyó a los asesinos. Por ello, Octaviano lo convenció de que él, pese a aspirar al legado de César, era la persona más indicada para restaurar la libertad que César había puesto en entredicho.

A primera vista podría parecer una situación lastrada por la ingenuidad. A fin de cuentas, Cicerón deseaba evitar que la República cayera en manos de otro dictador militar como César, mientras que Octaviano anhelaba auparse justamente a ese mismo cargo dictatorial. ¿Había empezado a chochar el hombre? En absoluto, pero, pese a ser consciente de que apostar por Octaviano implicaba correr un gran riesgo, también tenía la clara impresión de que valía la pena asumirlo. Cicerón consideraba que Marco Antonio, por su edad, era un hombre más correoso y experimentado, y por consiguiente más peligroso que el joven Octaviano. Además, cayó rápidamente en la cuenta de que el ambicioso muchacho no temía a nadie. Esto ex-

plica que Cicerón y Octaviano trabaran esa alianza de conveniencia, lo cual nos lleva a comprender a su vez que la verdadera cuestión que quedaba por dirimir era la de quién habría de ser el primero en deshacerse de su pretendido aliado y en encaramarse a la cima del poder.

La juventud de Octaviano resultó ser una ventaja, ya que, al no haberse implicado verdaderamente a fondo con el antiguo régimen, había muy pocas cosas que lo frenaran en la tarea de transformarlo por completo.

Octaviano estaba decidido a llevar a sus últimas consecuencias el contencioso que lo oponía a Marco Antonio. Tras tomar la precaución de ocultarle a su madre los planes que realmente se proponía llevar a la práctica, el joven se trasladó al sur de Italia y comenzó a maniobrar y a presionar para granjearse apoyos entre los soldados que habían servido a las órdenes de Julio César. Logró convencer a tres mil veteranos de guerra y consiguió que abandonaran su condición de reservistas y le ofrecieran su respaldo. La constitución de un ejército privado de semejante índole era un acto ilegal, pero, con el paso del tiempo, Augusto no tendría inconveniente en alardear públicamente de haber dado ese paso, presentándolo a los ojos de todos como una acción concebida para salvar la República: «A la edad de diecinueve años, por propia iniciativa y sufragándolo de mi peculio personal, recluté un ejército, y con él liberé a la República, que se hallaba oprimida por la tiranía de una facción».²¹

El grueso de aquellas tropas estaba formado por dos legiones de veteranos a los que los agentes de Octaviano habían apartado del contingente de Marco Antonio con la deslumbrante promesa de mejor paga y menor disciplina. De la noche a la mañana, esas dos legiones otorgaron a Octaviano la facultad de competir en los sangrientos pugilatos y maquinaciones que se avecinaban. Y no solo eso: también consiguieron captar la atención del Senado.